

KORIMBA.COM
KIT REED
WINSTON

Edna Waziki se excitó mucho cuando finalmente les llegó. No había hecho más que hablar de ello durante meses desde que hicieron la petición, y se pasaba horas enteras sentada a la ventana, y cuando el camión enfiló finalmente el sendero hasta su casa lanzó un grito que hizo correr a toda la familia. El hombre del reparto llegó a la puerta con una pequeña caja de transporte con un asa en la parte superior y agujeros por todos lados, y Edna rió tontamente y bailó y dio saltitos mientras su marido Artie pagaba al del reparto y los demás hacía corro cuando Artie empezó a trastear con el precinto.

- Aquí dice que su nombre es Winston - observó Edna, girando la tarjeta para que Margie y Art Junior pudieran leer el nombre -. Ahora háganse para atrás, no vayamos a asustarle apenas vernos.

Artie miró dentro de la caja con el ceño fruncido.

- ¿Pero dónde demonios se habrá metido ese pequeño bastardo?

- Artie, por favor. - Edna se inclinó y llamó suavemente -: Sal, Winston, sal.

Margie dijo:

- Papi, papito, puedo verlo.

Art Junior estaba metiendo un palo por la abertura.

- ¡Papi, papi, ahí viene!

- No hagan tonterías - pero se apretujó junto a su esposa e hijos y contemplaron como Winston salía a la luz.

- ¡Oh, papi, es chiquitín! - jadeó Margie.

- Es una monada; oh, Artie, es una auténtica monada.

Artie resopló.

- No se le ve nada extraordinario.

- No puede decirse cuando son pequeñitos así - dijo Edna -. ¡Pero espera a que crezca!

Margie se echó a reír.

- Oh, miren, se está haciendo pipí.

- Claro, está nervioso. - Edna tomó a Winston contra su pecho -. Pobrecita cosa, pobrecita cosita pequeñita.

- Pequeño como es - dijo Artie -, nunca va a llegar a nada.

- Querido, ¿no has visto su pedigree?

- Oh, mamá, se parece a un monito.

- Chist, vas a herir sus sentimientos.

- Vamos, Winston, vamos, Winston - Art Junior intentaba hacer que Winston cogiera su palo.

- Déjenlo tranquilo - Edna abrazó protectoramente a Winston; Winston estaba llorando.

- Ni siquiera a cogido el bastón.

- Lo cogerá - dijo Artie ominosamente -. Será mejor que lo coja. Dios sabe lo he pagado por él.

Edna mantenía a Winston protectoramente abrazado.

- Dijiste que estaba garantizado - la acusó Artie.

- Está garantizado - dijo Edna, llevándose a Winston al cuarto de baño; en la puerta, se giró y dijo defensivamente -: Lo único que hay que hacer es esperar, eso toma tiempo.

Le dedicó casi una hora, y cuando volvió a salir Winston estaba más calmado, más tranquilo, y había parado de llorar; incluso se sentó a la mesa con ellos, alzado hasta una estatura de adulto con la ayuda de un montón de guías telefónicas. Tendría unos cuatro años, complexión delicada, y era rubio, con un pequeño mameluco color azul abotonado por delante y unos grandes ojos marrones que chispeaban inteligentemente. Les miró a todos sucesivamente, pero no tocó su plato.

- Mira eso - dijo Artie con exasperación -. Cinco mil dólares, y ni siquiera ha tocado su plato.

- Comerá - dijo Edna -. Simplemente aún no nos conoce.

- Será mejor que empiece a conocernos pronto. Cinco mil dólares tirados a la basura.

- No son tirados a la basura - dijo Edna; se sentía demasiado alterada como para hablar -. Hará que nos sintamos orgullosos de él; lo único que debemos hacer es esperar.

Freddy Kramer apareció en aquel momento, en busca de Artie para ir a la bolera.

- Así que es esto - dijo, mirando a Winston por todos lados.

- La primera familia del barrio en tener uno - dijo Artie, con renacido orgullo -. Casi puede decirse que es una especie de símbolo de nuestro estatus.

- No lo parece mucho.

- Deberías ver su pedigree. - Mirando a Freddy, que nunca sería capaz de conseguir uno, Artie se concedió el derecho a ser expansivo -. Una escritora y un profesor universitario. C.I. de ciento sesenta, garantizado.

Edna revolvió el fino pelo rubio de Winston.

- Winston irá a la universidad. - Le complació ver que Artie estaba sonriendo.

- El chico obtendrá su licenciatura en filosofía.

Edna cogió la mano de Artie por debajo de la mesa, diciendo en voz baja:

- Oh, Artie, estás contento. Sabía que lo estarías.

Freddy Kramer seguía mirando a Winston con una expresión que rozaba la envidia.

- ¿Quién les dio la idea?

- Edna vio el anuncio. - Artie empezó a derretirse; Edna estaba masajeando su rodilla -. Y todo lo que desee mi mujercita...

- No lo lamentarás, Artie. Winston se convertirá en una lumbrera en física. Quizá invente la próxima bomba atómica.

Los labios de Freddy estaban moviéndose; parecía estar haciendo cálculos mentales.

- ¿Cuánto se supone que puede llegar a dar?

- Depende de lo que produzca - dijo Edna.

- Aquí, este - dijo Artie, dándole una palmada a Winston en el hombro -, nos mantendrá en nuestra edad madura. Un doctorado en filosofía garantizado por escrito. Puede incluso hacer que nuestro nombre salga en los periódicos, según decía el anuncio.

- Se habla algo de un tal Guggenheim - dijo vagamente Edna.

Winston se echó a llorar.

- Hey, Winston, ¿qué ocurre?

- Art Junior le ha dado una patada - dijo Margie.

- Muchachos, déjenlo tranquilo hasta que aprendan como jugar educadamente con él.

- Ya no se encuentra más como él - le estaba diciendo Artie a Freddy Kramer -. Sus padres tuvieron diez y se retiraron a Europa con unas buenas ganancias. Freddy se frotó la nariz.

- Quizá si yo y Flo vendiéramos el coche...

Artie tendió un trozo de pan a Winston; Winston lo miró con disgusto pero lo tomó.

- Hey, miren, le gusto. Hey, cariño, le gusto.

- Por supuesto que le gustas - dijo Edna orgullosamente -. Es nuestro hijito.

Winston le dirigió una repentina mirada que la azaró sin saber por qué. Luego terminó su pan y carraspeó.

Artie le estaba diciendo a Freddy:

-... y si no puedes enviarlos a Exeter, te garantizan como mínimo Culver.

- Chist, cariño, está a punto de decir algo.

-... y no todo el mundo puede vanagloriarse de tener un chico en Culver, ya sabes.

- Chist.

Winston habló:

- Wiwyiam Buckwey es un weaccionawio.

- Hey, Freddy, ¿has oído eso?

- Realmente es extraordinario - dijo Freddy.

Después de todo, no fueron a la bolera aquella noche; se quedaron sentados en la sala de estar, y primero le dieron a leer a Winston los periódicos del día, incluso los editoriales, y cuando lo hubo hecho le escucharon analizar la situación política, y luego Edna trajo un poco de pastel, y escucharon a Winston pronosticar los resultados de la temporada de béisbol mientras Artie tomaba notas rápidamente, y luego Winston escribió un poema sobre el otoño, y luego Winston empezó a chuparse el dedo gordo; Edna envió a los demás chicos a la cama, y se fueron protestando porque Winston se quedaba y sabían que iba a terminarse todo el resto del pastel; los mayores escucharon un poco más a Winston, y luego Winston y Artie se enzarzaron en una discusión política, y Artie se sintió ligeramente herido en sus sentimientos y le dijo que era un presuntuoso y que era demasiado joven para saber nada de nada, y Winston comenzó a resollar, y Edna dijo que ya era hora de llevarlo a la cama, que se le veía demasiado cansado.

Lo llevo arriba a la habitación delantera, donde habían puesto las obras completas de Bulwer-Lytton y la onceava edición de la Enciclopedia Británica; mostró a Winston el globo terráqueo y el autoclave y la regla de cálculo y la mesa de dibujo, pensando que lanzaría grititos de placer y quizá se sentaría inmediatamente en su escritorio y compondría algo en el silencioso teclado que habían comprado para él; pero en vez de ello se aferró a su cuello y ni siquiera quiso mirar nada. Finalmente, ella dijo:

- Hey, cariño, ¿qué ocurre?

- Quiewo mi didú - dijo Winston.

Finalmente ella consiguió acertar lo que era, un manoseado trozo de sábana que estaba tirado en el fondo de su caja de embalaje, y cuando se lo hubo dado Winston consintió en que lo bañara y le pusiera su pijama de una pieza con pies de conejito; incluso en pijama tenía aquel aire de pedigree; sus tobillos y muñecas eran delgados y sus dedos eran largos, y ella deseó que tuviera un aspecto un poco más cariñoso, que se pareciera aunque solo fuera un poquito a un bebé, pero rechazó rápidamente aquel pensamiento.

Ya en la cama, le dijo a Artie:

- Tan solo imagínalo. Aquí mismo, al lado, tenemos a nuestro propio pequeño doctor en filosofía. - Se acurrucó contra él -. ¿No es maravilloso?

- No lo sé. - Artie estaba mirando al techo -. Pienso que aún es un poco demasiado

pronto para decirlo.

Los Waziki fueron despertados por un tumulto en el patio trasero. Artie descubrió a Art Junior a algunos de sus amigos dándose puñetazos por el suelo en plena mañana, y cuando los separó descubrió a Winston, pálido y tembloroso y mordiéndose los labios para que los demás chicos no lo vieran llorar. Extrajo a Winston del grupo y lo llevó al porche, y luego se giró a Art Junior y a Margie; ambos rieron disimuladamente y evitaron su mirada.

- ¿Qué ha ocurrido, Winston?

Pero Winston se negó a decir nada, se limitó a permanecer sentado allá adoptando lo que Artie llamaría muy pronto su actitud de Hamlet.

Art Junior dio un codazo a Artie con una risita socarrona.

- Te han timado, papi.

- ¿Qué?

- El tontaina ni siquiera es capaz de coger la pelota.

Winston había dejado de temblar.

- Mi padwe tampoco ha sido capaz de cogew nunca una pelota - dijo fríamente -, y fue pwopuesto para el Pwemio Nobel.

Había algo en la actitud de Winston que a Artie no le gustó, pero de todos modos le dio un cachete a Art Junior y dijo:

- No hemos pagado por él para que atrape pelotas, tonto. Mantén tus manos apartadas de la mercancía.

- Si es tan condenadamente listo, ¿por qué no sabe coger la pelota?

- Cierra la boca y vete dentro.

En el desayuno, Margie sacó sus deberes de geografía, y Artie y Winston tuvieron una pequeña discusión acerca de cuál era la capital de Camerún; Winston estaba en lo cierto, por supuesto, y Edna hizo que Artie se disculpara, y luego tuvo que apaciguar las cosas cuando resultó obvio que todo aquello había puesto a Artie de mal humor.

- Es tan solo un chico de cuatro años. Un chico de cuatro años,

- Lo siento - dijo Winston, que además de su C.I. de 160 no tenía un pelo de tonto -, pewo me hacían estudiaw duwante todo el tiempo.

- Pero no te enseñaron educación.

- Vamos, vamos - dijo Margie, intentando borrar el ceño fruncido de Artie -. Espera a ver el terrario, papi.

Artie apartó los dedos de su hija.

- ¿Qué demonios es eso del terrario?

- No lo sé, pero Winston y yo vamos a hacer uno.

- No quiero que los críos jueguen con explosivos ni nada así, ¿entendido?

Winston adoptó su actitud de Hamlet.

- Lo que usted diga, señow Waziki.

Artie decidió que el chico estaba esforzándose.

- Puedes llamarme papi.

- Sí, señow Waziki.

En el trabajo descubrió que Freddy Kramer había difundido la noticia; era casi una celebridad en la tienda. A la hora de la comida flotaba entre nubes.

- Un C.I. de ciento sesenta - decía frente a la duda y la envidia de los demás -. Y me llama papi.

Seguía flotando entre nubes cuando regresó a casa del trabajo, para descubrir a Art Junior y a Winston enzarzados de nuevo. Art Junior tenía la Enciclopedia Británica en sus rodillas y le estaba gritando a Winston:

- ¿Quién estaba en la Dieta de Worms?

Winston hizo un par de tentativas y se sumergió en el azoramiento.

- Hey, papi, te han timado.

- Déjalo, muchacho - dijo Artie blandamente.

- Ciento sesenta de C.I. y ni siquiera sabe quién estaba en la Dieta de Worms.

Winston se miró las manos como disculpándose.

- Todavía soy muy nuevo, señow.

- Entonces infórmate, chico. Tu misión es saber todas esas cosas.

Edna tomó a Winston entre sus brazos, observando contrariada que todo él era rodillas y codos.

- Déjenlo un poco en paz.

Winston apoyó su barbilla en el hombro de ella.

- Quiewo mi didú - dijo.

Incluso Edna tuvo que admitir que Winston era demasiado inteligente como para aferrarse a un trozo de sábana sucio, no quedaba bien, así que hizo que Winston la ayudara a doblar su didú y a guardarlo, y luego lo enviaron a su habitación a aprender todo lo que pudiera acerca de los perros weimeraner, y cuando volvió a aparecer Artie se enfadó porque no había aprendido absolutamente nada acerca de los weimeraners, cuando tenía a su disposición todo el volumen de la V de la Enciclopedia Británica para consultarlo, porque pese a lo que el chico listo intentó explicarle, Artie sabía muy bien que aquella palabra se escribía tal como se pronunciaba.

Y no solo no había aprendido su lección, sino que Winston tuvo la osadía de discutir con Artie sobre un tema de montajes mecánicos, algo sobre lo que Artie era un especialista, y cuando lo comprobaron resultó que Winston tenía razón. Luego Art Junior quiso hacer un poco de lucha con Winston y, pese a lo caro que había resultado este, Artie le dejó, debido a que él, Artie, era el cabeza de familia, y si Winston tenía que vivir con los Waziki tenía que aprender a adaptarse.

Al día siguiente Edna tenía a su grupo de bridge y vistió a Winston con su mameluco color marrón claro, aquel con el conejito en el pecho, y le puso su Spinoza de bolsillo bajo el brazo, y todas las damas se extasiaron con él, tirándole de la barbilla y atiborrándole de dulces y haciendo que recitara hasta que finalmente se puso nervioso y vomitó sobre la funda de cretona favorita de Edna. Ella limpió rápidamente el desastre y volvió a colocarle su mameluco azul, pero ya nada fue como antes después de aquello.

- Parece muy sensible - dijo Maud Wilson.

- Lo que importa es su cerebro - dijo Edna pacientemente -. Cuando todo lo importante

está en su cerebro hay que aceptar esas otras cosas.

Melinda Patterson sonrió con una sonrisa melosa.

- Me pregunto si realmente vale la pena todo este trabajo.

- Winston está preparando su doctorado en filosofía. - Edna se dio cuenta que estaba perdiendo ante ellas, y añadió rápidamente -: Y la próxima semana va a ganar el concurso Bonanza; esperen y verán.

Iba a lamentar el momento en que dijo aquello; el concurso Bonanza era una especie de crucigrama puzzle, y ella no sabía si Winston estaba adiestrado para ese tipo de cosas, pero había metido a Winston en el asunto y no le quedaba más remedio que seguir adelante; quizá ganara y el dinero del premio les recompensara todos los problemas que les estaba dando. Si Winston ganaba podrían ver sus fotos en los periódicos, y sería mucho más fácil ser amigos con Winston después de ello. Quizá incluso le podrían devolver su didú. Tan pronto como las damas del bridge se fueron, le habló a Winston del concurso, y cuando él se echó a llorar ella intentó acariciarle, pero él se negó a darle un beso y ella tuvo que propinarle un bofetón. Luego tomó ocho diccionarios, una enciclopedia temática, y el puzzle Bonanza de aquella semana, y lo envió a su habitación.

Lo intentó, lo intentó durante días, y cuando fueron a ver como iban las cosas al final de la semana dijo:

- No hay espewanzas.

Artie enrojeció.

- No me digas que no hay esperanzas.

- Miwe. - Le dejó leer una de las respuestas de la semana anterior. NO HAY NADA COMO EL..., y una palabra de cinco letras -. La wespuesta cowecta es VIVIW, no HOGAW, powque en la vida hay muchos hogawes, pewo solo se vive una vez. ¿Ve? - dijo -. Es una twampa pawa tontos. Una twampa pawa tontos completamente awbitwawia.

- Haz el puzzle, Winston.

- Pewo si todo es azaw.

Artie lo sacudió.

- No me digas que todo es azar. Hazlo.

Evelyn Cartwright fue la primera que telefoneó cuando Winston no ganó.

- Simplemente pensé que tal vez no hubiera participado - dijo con tonos melifluos.

Edna estaba ceñuda.

- Participó con quinientas setenta y ocho respuestas.

- Un C.I. de ciento sesenta - dijo Evelyn Cartwright con una risita cristalina -. Todo ese dinero tirado a la basura,

Los compañeros en la tienda se rieron tan fuerte que Artie volvió pronto a casa.

- Ese chico no se da cuenta de donde está. Hay que hacer que aprenda cuál es su lugar.

Edna pensó que quizá si racionaba un poco a Winston aquello agudizaría sus talentos, así que lo puso a una dieta de pan y agua y un poco de pescado: comida para el cerebro, según los libros. ¿Qué podía hacer si una parte de ella misma insistía en que al mismo tiempo sirviera ricos bistecs a Artie y a los chicos? ¿Qué podía hacer si la determinación endurecía su corazón hasta el punto de no ver el flaco y torturado rostro de Winston mientras los demás devoraban helados y golosinas, y caían sobre asados como obuses del calibre ciento cincuenta y cinco, y devoraban crujientes pastelillos de coco?

Artie decidió que un poco de ejercicio en el exterior pondría a Winston en forma y fortalecería su carácter, así que lo confió a Margie y a Art Junior durante un par de horas cada tarde; intentaron hacerle atrapar las pelotas y correr y practicar el salto, y que, después de todo, el chico debía convertirse en un tipo brillante; estaba en la garantía.

Lo que los mataba era el que, después de lo que habían pagado por él, lloriqueaba todo el tiempo, incluso después de que Edna le había dejado colgar en la pared la foto de su padre el profesor y su madre la escritora tomando el sol en Biarritz; la habían adjuntado a una carta en la que recordaban a los Waziki que estaba en el contrato que los auténticos padres tenían derecho a la mitad de los futuros beneficios que reportara Winston, y Artie se sintió tan irritado que la hizo trizas y pateó los pedazos y no dejó que Winston la viera, ni siquiera la parte en la que le enviaban sus cariños. Todo aquel dinero, y Winston apenas retenía las cuestiones más simples; la siguiente partida de bridge de Edna fue un verdadero desastre, con Winston llorando todo el tiempo, y todo lo que pudieron decir las damas sobre él fue el mal aspecto que tenía.

Artie pensó que quizá fuera cierto lo de la Mente Sana en un Cuerpo Sano, y desde

entonces Winston durmió en el porche acristalado para bien de su salud, aunque le dieron una manta porque las noches solían ser frescas.

El cumpleaños de Artie se acercaba, y Freddy Kramer y los muchachos de la tienda le habían pinchado tanto que tenía que hacer algo al respecto, así que decidió invitarles a una velada con cerveza en su casa para festejar su aniversario; por aquel tiempo Winston ya se habría puesto a tono con la comida para el cerebro y el dormir en el porche. Sí, organizaría una buena velada con cervezas para su cumpleaños, los untaría bien, y entonces haría venir a Winston para que les hiciera su número. Pero cuando llegó el momento probablemente habían bebido demasiado, y quizá Artie olvidó que Winston estaba fuera para hacer salud, y tal vez estaba nevando cuando alguien se acordó de él y lo hizo entrar; la realidad fue que todo lo que hizo fue permanecer inmóvil allí ante ellos con su mameluco y sus rodillas entrechocando, y su mandíbula encajada en la actitud de Hamlet.

Y quizá no fuera más que mera cabezonería; fuera como fuese, Artie le dio un sopapo y dijo:

- De acuerdo, Winston, háblales a los muchachos de la Dieta de Worms.

- Si, señow Waziki.

Artie le dio otro bofetón.

- Y llámame papi.

- Sí, señow Waziki.

Artie le dio otro golpe y el pequeño empezó con la Dieta de Worms, pero solo había dicho un par de frases cuando su mente empezó a desvariar o algo así y se puso a mirar a un rincón de la habitación, y cuando Artie le urgió a que continuara, se giró hacia él con su rostro empurpurado y una mirada que bordeaba las disculpas y dijo:

- Lo siento... lo he ol-olvidado.

- ¿Qué, olvidado? - Artie lo golpeó más fuerte porque todos los muchachos se estaban riendo -. ¿Qué has olvidado?

Winston estaba temblando mucho más fuertemente, sus rodillas entrechocaban; nervios, probablemente, decidió Artie; Winston dijo:

- Olvidado... todo.

- De acuerdo, de acuerdo - dijo Artie, porque los muchachos lo estaban presionando y

Winston debía apresurarse a hacer algo. Intentó llevarlo a un terreno más familiar -: Entonces háblales a los muchachos de los perros weimeraner.

- Infiernos - dijo Freddy Kramer, incitando a los demás -. Apuesto a que ni siquiera sabe sumar.

- Ajá - dijo alguien -. Buen negocio este, Artie. ¿Qué otra cosa puedes mostrarnos?

Artie sujetó a Winston por los hombros; los muchachos se estaban poniendo sarcásticos, y había que hacer algo rápido. Agitó violentamente a Winston, rechinando los dientes.

- Las tablas de multiplicar. Diles las tablas de multiplicar.

Winston simplemente hizo girar sus ojos en una agónica mirada suplicando perdón. Sus dientes castañeteaban ahora tan fuertemente que ni siquiera podía hablar. Hizo de todos modos una valerosa tentativa:

- U-uno...

- Miren - dijo Artie rápidamente -, les va a decir la tabla del uno.

- Infiernos va a decir, míralo.

El rostro de Winston estaba encendido, sus ojos febriles, y cuando Artie lo urgió a que continuara ni siquiera pudo hablar. Los muchachos se estaban impacientando, y si Winston no hacía algo en el próximo minuto se iban a ir de su fiesta de cumpleaños y Artie quedaría en ridículo en la tienda.

- Él va a recitarles la tabla de multiplicar - dijo Artie tercamente, y empezó a sacudir a Winston.

- Olvídalo, Artie.

- Olvidarlo, infiernos. - Todos se agitaban, incómodos e impacientes, y tenía que actuar rápido, de modo que sujetó a Winston por su cuello marinero -. Vuelvo en un minuto. Voy a enseñarle. Voy a enseñarle de una vez por todas.

Arrastró a Winston escaleras arriba y tomó el cepillo de plata para el pelo de Edna, y puso al chico sobre sus rodillas murmurando «Voy a darle una lección», y cuando finalmente terminó de zurrarle lo puso en pie. Las piernas de Winston se doblaban y sus ojos se agitaban de tal modo que Artie solo podía ver el blanco. Lo sujetó durante un par de minutos, intentando que Winston se mantuviera en pie o dijera o hiciera algo, y tras un momento se asustó y bajó y llamó a Edna, observando al pasar que los

muchachos se habían marchado todos, tras oír todo aquello y los gritos de Winston.

- Creo que le he hecho daño - dijo, mientras Edna echaba a correr delante de él.

- Lo has demolido, lo has arruinado por completo. - Edna se echó a llorar sobre el encogido cuerpo de Winston.

- Cinco mil dólares tirados - dijo Artie.

Winston se puso a gemir, de modo que llamaron al doctor de la compañía, puesto que después de todo aún estaba en garantía, Winston resultó hallarse en coma o algo así, ardía de fiebre, y se sentaron junto a él con compresas húmedas y medicamentos durante varios días, y cuando Winston empezó a reaccionar observaron algo extraño y llamaron de nuevo al doctor. Tras estar varios minutos con Winston, salió de la habitación, y Edna lo sujetó del brazo y dijo:

- ¿Está todo bien? ¿Se pondrá bien de nuevo?

El doctor parecía cansado más allá de toda descripción.

- Con muchos cuidados, se pondrá bien.

Suspiciousamente, Artie precisó:

- ¿Ciento sesenta de C.I. y todo lo demás?

- Se pondrá bien, pero nunca volverá a pensar.

- Entonces deberán devolvernos nuestro dinero.

- Lea su contrato - dijo el doctor, como si se hubiera enfrentado con lo mismo muchas veces antes -. Verá que las cualidades intelectuales de su niño solo son garantizadas contra las imperfecciones de origen.

- Imperfecciones de origen, déjeme decirle algo acerca de imperfecciones...

Pero el doctor se estaba dirigiendo ya hacia la puerta.

- No contra daños personales o accidentes.

Artie sujetó al doctor por los hombros y empezaron a disputar en la puerta, pero Edna no les prestó atención; en vez de ello tomó un bol con caldo de pollo de la cocina y subió a la habitación de Winston.

Estaba pálido y como disminuido, tendido bajo las mantas, pero se veía más o menos bien. La reconoció cuando entró y empezó a gemir.

Ella le acarició la frente.

- Todo está bien, cariño, te pondrás bien muy pronto.

- Daño - estaba balbuceando Winston -. Daño.

- Mami te cuidará. - Al ver que no dejaba de llorar, pensó rápidamente -. ¿Didú? ¿Winston quiere su didú?

- Didú - dijo Winston, y cuando ella se lo dio, lo apretó contra su pecho con aire de felicidad.

- Eres un gran chico.

Winston dejó de frotar su didú contra su mejilla y miró a su alrededor por toda la habitación, hasta que sus ojos se fijaron en el globo terráqueo. Intentó sentarse en la cama.

- ¿Glow?

- Globo, Winston, globo.

- Glow.

- Sí, mi chico. Globo. Eres mi chico, mi chico todo mío.

- ¿Glow? ¿Glow?

- Eres un chico encantador. - Cuando sonreía así era idéntico a Margie o Art Junior. Lo atrajo contra su pecho -. Serás mi niño todo mío.

- ¿Ni-no?

Edna tenía una tarta de manzana horneándose; se la daría toda a él.

- Niño, pobre niño. - Revolvió su cabello, echándoselo para atrás y despejando su frente -. Todas echas cochas en chu cabechita... no eran buenas, no.